

Del cambio climático nos importa lo que cambias tú

D. Enrique Lluch Frechina

Coordinador de la Cátedra de Solidaridad y profesor de Economía de la Universidad CEU Cardenal Herrera Oriá. Valencia

Buenas tardes a todos. Me gustaría, en primer lugar, agradecer a Manos Unidas la invitación que me ha hecho para poder estar hoy con vosotros en este Foro. También le agradezco que haya realizado el Foro aquí en Valencia, poder disfrutar de él en nuestra ciudad. Considero que es un lujo que nos llena de satisfacción a todos los valencianos.

La idea principal que voy a exponer aquí es cómo podemos cambiar nuestro comportamiento económico del día a día para colaborar con nuestras actuaciones, con nuestro consumo, en especial, y con nuestro ahorro a que los problemas que nos está trayendo el cambio climático, esto es, los desastres naturales o la alteración del entorno en el que vivimos, puedan disminuir. Todos tenemos algo que hacer y todos podemos hacer algo, esta es la idea principal de mi exposición.

Como ya os ha dicho Ferrán, yo soy economista, más que ecónomo. Por ello, mi exposición va a sustentarse en el pensamiento económico y en nuestras actitudes económicas. Por ello, quiero recordar cómo nosotros, para producir cualquier bien o servicio, necesitamos lo que los economistas denominamos factores de producción: trabajo, capital y tierra. Todo bien o servicio que producimos precisa de alguien que haga un trabajo, de herramientas, maquinaria o instrumental para hacerlo (esto es lo que se denomina capital) y de recursos naturales (que es lo que denominamos tierra). Para producir cualquiera de las cosas que tenemos ahora en esta mesa, hemos necesitado la combinación de los tres factores: trabajo, maquinaria-herramientas y tierra.

Centrándonos en los recursos naturales podemos clasificarlos en tres clases:

1. Unos son renovables, por ejemplo el sol que utilizamos para generar energía y no se gasta por ello.
2. Otras son no renovables, por ejemplo los minerales. Cuando extraemos un mineral del subsuelo no hay manera de renovarlo.
3. Y otros que se llaman mixtos; es decir, que combinan los dos anteriores, por ejemplo la madera. Nosotros extraemos la madera y en la medida en que la extraemos no es renovable, pero si la volvemos a plantar y no hacemos un uso

IXforodemanosunidas

desmedido de ella, puede ser renovable. Si arrancamos lo mismo o menos de lo que plantamos, podemos utilizar esta madera y seguir gozando de este recurso constantemente.

En la medida en que nosotros queremos producir bienes y servicios, necesitamos esos recursos naturales. Si queremos tener demasiados bienes, puede pasar que los recursos naturales que tenemos se agoten. Por otro lado, para producir esos bienes, tenemos que realizar procesos productivos que, a veces, tienen residuos, basura o contaminan los recursos naturales existentes. Por ello, el crecimiento económico siempre está en tensión con la conservación del medio ambiente, con el entorno natural en el que vivimos. En la medida en que queremos producir bienes, tenemos que hacer uso del entorno. No podemos pensar que la producción de bienes y servicios es inocua, siempre va a tener consecuencias sobre el medio ambiente porque necesitamos extraer recursos naturales para realizarla y porque produce residuos que hay que devolver a nuestro entorno.

En estos momentos, el planteamiento habitual del comportamiento económico y el que prima en nuestra sociedad es lo que yo denomino: "la economía egoísta". Este planteamiento se basa en la idea de que en la economía nuestro principal objetivo es la maximización. Nosotros queremos maximizar nuestra satisfacción, para ello buscamos tener más bienes y servicios que nos lleven a mayor bienestar; las empresas quieren maximizar sus beneficios y los políticos maximizar el número de votos que obtienen.

Al final, lo que tenemos es un ansia individual y colectiva de tener más. Esto se traduce en una obsesión por consumir más. Siempre tenemos que generar cosas nuevas, porque "ahora quiero esto, ahora quiero lo otro..." Y, a nivel colectivo, se traduce en una obsesión por el crecimiento económico. Tomemos como ejemplo de estos últimos días el problema de la nube de cenizas sobre los cielos europeos y el cierre de los aeropuertos para evitar accidentes aéreos. Los primeros días se hablaba del desastre, del caos; pero en los últimos días, ya se oía en las noticias hablar de que: "el problema más grave es que vamos a tener menos crecimiento económico" y eso parece que es mucho más importante que las posibles muertes que se han evitado por las medidas de precaución. Nuestra principal idea es que tenemos que crecer; tenemos que tener cada vez más, y si no lo conseguimos, nos encontramos ante un grave problema.

Esto es lo que nos lleva a la economía egoísta y a lo que yo he denominado en algunas publicaciones "la utopía del crecimiento económico". Es decir, tenemos una utopía, nuestra economía se mueve por una utopía y ¿cuál es?, es una falsa utopía, es querer crecer cada vez más y tener más. Anteriormente Ferrán también lo ha dicho, El crecimiento del PIB es lo que se entiende hoy en día como desarrollo.

No sólo tenemos que tener más, sino que tenemos que crecer más que el otro. Esto nos lleva a una competición tonta (desde mi punto de vista) por la que no sólo tenemos que crecer, sino que nuestro PIB tiene que crecer más que el del vecino. No

IXforodemanosunidas

sé si recordáis que hace un año el señor Zapatero nos anunció la agradable noticia de que nuestro PIB por habitante había alcanzado el nivel de Italia, parecía que era un logro colectivo de nuestro país y una prueba de lo bien que lo estábamos haciendo. Los italianos, que no se sintieron muy a gusto con esta afirmación, replicaron rápidamente afirmando que las estadísticas no eran correctas y que seguían siendo más ricos que nosotros.

No sé vosotros. Tal vez vayáis diciendo a vuestros vecinos: "ahora he ganado dos duros más que tú o tengo más ingresos que tú, te aguantas", Pero ¿y qué? ¿Es eso importante? Es más, nosotros podemos crecer a un ritmo de un 2%, pero si los otros países están creciendo un 3%, nuestro país esta fracasando. Ahora bien, si crecemos un 2% y la media de nuestro entorno crece a un 1,5% nuestro país está funcionando bien, estamos creciendo más que los otros. No sólo aspiramos a tener más, sino que, además, competimos con los otros. Tenemos que crecer más que ellos y si no crecemos más que los otros, no lo estamos haciendo bien.

Fijaos que, además de eso, cuando tenemos en un país una renta media anual por habitante de 10.000€ (lo que corresponde a un país más pobre que el nuestro) y crecemos un 2 %, el ciudadano medio de ese país ganará anualmente 200€ más. Si el país tiene una renta media anual por habitante de 12.000€ crecer un 2% equivaldrá a ganar 240€ más al año. Si aplicamos este crecimiento a nuestra renta anual media por habitante, que está alrededor de los 20.000 euros, crecer un 2% quiere decir que cada año ganamos 400 euros más. Por lo tanto, aunque en la competición por el crecimiento utilizamos porcentajes, éstos resultan ser una cantidad de euros diferente según cuál sea nuestro punto de partida. No supone lo mismo crecer un 2% en un país pobre que en un rico.

Traduciendo esto a un nivel de economía familiar, podemos afirmar que "para crecer hay que producir más", pero el crecimiento del PIB, no es sólo lo que se produce, sino también lo que se vende. Si se produce y se queda en las estanterías, esto no contabiliza para el PIB y no hay crecimiento. Para que haya crecimiento se tiene que comprar, por lo cual, se da una correspondencia entre el aumento de producción y el consumo. Tenemos que producir más, pero la gente tiene que consumir más. Al final, lo que estamos potenciando es la sustitución de las cosas que tenemos antes de que acabe su vida útil. Si la gente tiene que comprar cada vez más cosas para que produzcamos más. Si lo que queremos es producir cada vez más, porque nos parece que es lo mejor, tenemos que sustituir lo que tenemos de la manera más rápida posible por bienes nuevos.

Está claro que este crecimiento sin tregua es una falsa utopía cuya motivación final está basada en la idea de que "queremos tener más, porque si tenemos más, estamos mejor". Ahora bien, estoy seguro de que todos conocemos personas que son más ricas que nosotros. También conocemos otras personas que tienen menos que nosotros y podemos pararnos un momento a reflexionar si las primeras son más felices o están mejor que nosotros por tener más; o si las que son más pobres, por ser más pobres, son más infelices o están peor. Creo que todos coincidiremos en que no suele haber

una relación directa. Hay gente que tiene más dinero y no es más feliz y hay quien tiene menos dinero que nosotros y es muy feliz. No hay una relación directa entre tener más y estar mejor y, de hecho, los estudios sobre la economía de la felicidad que analizan los economistas, dicen que mayores ingresos no tienen por qué hacer más felices a quienes los reciben.

Lo que sí está claro, es que esto es letal para el medio ambiente, porque en la medida en que queremos producir más, necesitamos más recursos naturales y en la medida en que necesitamos más recursos naturales, vamos a ir esquilmando más y, además, generando más basura, porque queremos sustituir las cosas antes de que finalice su vida útil.

Esta economía egoísta repercute negativamente en el desarrollo ambiental. Pero, ¿cómo podemos traducir esto a nuestro comportamiento económico del día a día? La primera idea que quiero comentar es que obtenemos satisfacción del consumo que realizamos. Consumimos, porque al consumir cosas recibimos satisfacción, o como lo denominamos los economistas, utilidad. Si consumimos más, teóricamente estamos más satisfechos. La consecuencia económica de esto es que buscamos siempre la mejor relación calidad-precio ya que comprar más barato nos permite consumir una cantidad mayor.

Ahora bien, esto tiene un problema que subrayamos los economistas y es que, cuando consumo más de un bien, la satisfacción va disminuyendo. Pongo un ejemplo para que esto se entienda mejor: Cuando bebo un primer vaso de agua, éste me da un determinado grado de satisfacción, el segundo menos, el tercero aún menos, y, si voy incrementando los vasos de agua que bebo seguidos, los últimos podrían producirme hasta arcadas cuando estuviese saturado de tanta agua. Consumir demasiado de un mismo bien puede acabar reduciendo la satisfacción que obtenemos de él.

¿Cómo solucionamos esto? La economía egoísta confunde necesidades con deseos, parece que todo son necesidades. Tenemos la sensación de que las personas más cultas y las más ricas, tenemos más necesidades que las más pobres o más primitivas. Con frecuencia pensamos que como somos más ricos, más cultos y más evolucionados que nuestros antepasados o que personas que viven en otros continentes, ello nos lleva a tener más necesidades. Ya no nos conformamos con cualquier cosa. Fijaos qué paradoja, nos consideramos más cultos, más evolucionados y, sin embargo, no sabemos conformarnos con lo que tenemos. El conformarnos con las cosas parece algo antiguo, algo que solamente hacen aquellos que se han quedado anclados en el pasado. La modernidad es ser inconformista, no conformarse con algo, querer siempre algo más. La misma comparación se puede hacer con poblaciones actuales de países en vías de desarrollo.

Fijaos como, al final, la economía egoísta ha entrado en nosotros y cómo, sin darnos cuenta, justificamos de diversas maneras el ansia por tener siempre más. Todo son necesidades, hay que intentar tener más y más sin freno.

IXforodemanosunidas

Hay que añadir a esto que la economía egoísta nos pide también consumidores irracionales e impulsivos. Había un cartel publicitario en un centro comercial, en el que se veía a una mujer vestida de traje de fiesta sumergiéndose en una piscina y se leía: "Bendita impulsividad". Bendita ¡Eh! ¿Qué dices? Deja funcionar tus sentidos, haz lo que te diga el corazón, no lo pienses, lánzate al agua, si ves algo que te gusta cómpralo, no hay nada que reflexionar, la impulsividad es el valor importante.

Este sistema económico está generando inmadurez, buscamos personas que no piensan lo que hacen. Y no sólo eso, sino que está potenciando, no el que compremos cosas para tener satisfacción, sino el hecho de que vayamos de compras. Nos lo dice Adela Cortina en su libro: "Ética del consumo": hay que diferenciar entre "ir de compras" e "ir a comprar". Yo me compro una camisa porque necesito una camisa y tengo que ir a comprarla. Si actúo de otra manera, al final, la satisfacción no la obtengo de la camisa que compro, sino del mero hecho de comprar. Por lo cual la satisfacción cambia. Yo ya no quiero ir a comprar algo, sino que lo que quiero es ir de compras.

Esto nos pasa a los que tenemos niños pequeños cuando entramos con ellos en un gran centro comercial. Los niños, que están mucho más indefensos que nosotros ante los reclamos publicitarios que reciben, nos dicen: "Papá, quiero comprar algo ¿qué quieres comprar? No sé, quiero comprar algo". Lo que quieren es comprar, a esto nos invita la publicidad y en estos lugares, da igual el qué, pero compra. Esto es una fuente de insatisfacción continua. Compramos, nos vamos a casa y lo de menos es lo que hemos comprado. Estamos satisfechos porque hemos comprado algo; pero al día siguiente, si no antes, ya se nos ha pasado, porque lo importante no era lo que habíamos comprado, sino el hecho de comprar. Por lo tanto, la economía egoísta nos produce una insatisfacción continua, nos hace seres insatisfechos.

Esto genera lo que yo denomino *la paradoja de la economía egoísta* ¿y cuál es esta paradoja? que la economía egoísta tiene su propio planteamiento económico que nos dice: "tú lo que tienes que buscar es tu propio bienestar, tienes que maximizarlo y el camino para lograrlo es consumir más". Sin embargo, el resultado final, de seguir esta línea de actuación, es lograr una insatisfacción continuada. La búsqueda de mi propio bienestar me lleva a lo contrario de lo que era mi objetivo inicial. El problema de querer siempre más, no sólo es ecológico, sino también humano.

¿Qué propongo ante esta situación? Quizá alguno diga que el egoísmo nos hace mal, los cristianos lo sabemos desde hace mucho, es lo que dice nuestra fe: tenemos que actuar con amor y no con egoísmo. Eso es lo que nos va a realizar como personas, nos va a hacer más libres, nos va a liberar del pecado, de la muerte etc., pero no está de más recordarlo también en los aspectos económicos de nuestra vida, para que nos demos cuenta de que en este campo también sucede lo mismo. ¿Qué es lo que propongo ante esta circunstancia, ante esta realidad de la economía egoísta en la que vivimos?

Diferenciar entre: necesidades, apetencias y deseos, porque no todo son necesidades. Tenemos unas necesidades básicas para sobrevivir, unas necesidades de la condi-

ción o sociales, que nos permiten desarrollarnos normalmente en el entorno en el que vivimos, y tenemos unas apetencias o deseos, que se centran en la demanda de bienes que nos gustan. A uno le puede gustar ir al cine y va al cine y se entretiene, pero hay que saber distinguirlos para darse cuenta de que las necesidades son limitadas, no ilimitadas, y las apetencias también pueden ser limitadas. Si no sabemos distinguir, al final parece que todo lo que necesitamos es ilimitado y cuanto más tenemos más necesitamos y siempre queremos más. Las necesidades son limitadas y las apetencias pueden ser ilimitadas, pero también pueden ser limitadas. Por lo tanto, creo que el primer punto importante que tenemos a la hora de cambiar nuestra actitud hacia un comportamiento económico no egoísta es romper con su esencia y decir que no, que tenemos unas necesidades limitadas y unas apetencias y deseos, que también son limitados, y que podemos vivir muy bien así. Es más, podemos vivir mejor.

Tenemos que reflexionar, pues, para distinguir entre necesidades, apetencias y deseos. Esto no quiere decir que haya que ir en contra de las apetencias y de los deseos. No estamos haciendo una moral calvinista. Si nos apetece leer un libro, no debemos dejar de leerlo. Hay que leer y si es un libro que habla de tonterías que nos entretienen, pues leámoslo, claro que sí. Ahora, no podemos pensar, por ello, que tenemos que comprar todos los libros que se editan en el mercado. Digo un libro, como podría decir ver la televisión o cualquier otra cosa. No estamos hablando en contra de esto, sino a favor de darnos cuenta de que estas apetencias son limitadas, para no querer consumir siempre más de ellas.

Antes Ferrán ha hablado de austeridad. A mí la palabra austeridad no me gusta. La he buscado en el diccionario y tiene una connotación negativa. Me gusta más la palabra parquedad, porque, según dice el diccionario de la Real Academia Española la parquedad es moderación económica y prudente en el uso de las cosas. Yo creo que es eso lo que necesitamos, una moderación económica y prudente en el uso de las cosas. Comprar lo que necesitamos y unas pocas de las que nos apetecen. Comprar y recibir satisfacción por lo que compramos, y no por el hecho de comprar. Utilizar las cosas hasta que se gasten. Y luego, muy importante, no confundir parquedad con tacañería o austeridad; no queremos ser el señor Scrogge del cuento de navidad de Dickens o el tío Gilito. Queremos articular nuestro consumo de una manera más parca.

Además de esto, hay que tener en cuenta el planteamiento de consumo responsable que consiste en que, cuando compro algo, no tengo en cuenta sólo mi bienestar o la relación calidad precio para mí, sino que pienso también en el entorno natural, en cómo se produce lo que compro y en el desarrollo de la zona donde se producen. ¿Las empresas están ayudando a desarrollar la zona en la que están asentadas? ¿Están creando riqueza para la zona o no? Y pienso, por último, en las condiciones laborales en las que se producen, porque, a veces, estamos financiando a verdaderos explotadores, queriéndolo o no, me da igual. Compramos bienes a personas que explotan a sus trabajadores, ya sea aquí o en países en vías de desarrollo. El consumo responsable intenta ir más allá de lo que es la relación entre el bien y nosotros. Dejamos de buscar en un bien sólo la satisfacción que me puede dar para ir más allá y tener en

cuenta el medio ambiente, el área en la que se produce y los trabajadores que están ganando sus rentas gracias a la venta de ese bien. Creo que esto es una opción liberadora sencilla que nos ayuda a ser más libres, más personas, más satisfechos. Sin un comportamiento altruista es difícil que alguien hable o que realmente demos pasos hacia la caridad, la justicia y el bien común.

Sólo vamos a poder construir un mundo más justo, un mundo en el que prime la caridad y la gratuidad, de la que habla la *"Caritas in veritate"* de Benedicto XVI, si basamos nuestro comportamiento económico en otros parámetros, si reflexionamos y cambiamos nuestro comportamiento económico. Si hay una base fuerte de personas que pensemos así y lo pongamos en práctica. En este punto quiero recordar el antiguo lema de una campaña de Manos Unidas "Cámbiate a ti mismo para cambiar el mundo", me gusta tanto este lema que no tengo claro si es conveniente cambiarlo todos los años. Nosotros quizás no podamos cambiar grandes cosas, pero sí que podremos cambiar nuestro comportamiento económico en nuestro día a día, y esa es la base para modificar el mundo que nos rodea apostando por otra sociedad en la que el parámetro económico general sea diferenciado. Si conseguimos ser una minoría influyente la que nos comportamos con otros horizontes, pronto podremos contagiar a otros y finalmente votar a políticos que piensen y actúen como nosotros, formar asociaciones que sustenten esta manera de actuar e influir para que las instituciones y la sociedad también salgan del comportamiento egoísta y se inserten en una economía altruista.

Por último, me insistió el coordinador de este Foro, en que, aprovechando que era el día del libro, os comentara que podéis encontrar, de una manera más desarrollada, lo que he expuesto en esta pequeña conferencia en mi libro *"Por una economía altruista"*. Aunque le comenté que no me parecía correcto aprovechar esta oportunidad para hacer publicidad, él me insistió en que lo hiciese, ya que en el libro abordo, precisamente, los temas de los que he hablado aquí. En el libro también abordo otros temas cotidianos, como son el ahorro o el trabajo. Os animo a que lo leáis y os animo a que leáis, en general, y no sólo novelas, que están muy bien y nos entretienen mucho (yo soy un verdadero amante de la novela y siempre estoy leyendo una u otra) sino que también es bueno leer de vez en cuando algún ensayo sobre cualquier tema que os interese. Conozco a gente de Manos Unidas que tiene ya mi libro así que podéis pedirselo y leerlo.

No me queda más que volver a agradecer vuestra invitación y vuestra atención a mis palabras y espero que os haya servido de algo esta breve exposición que he hecho.